

# DISCURSO DE CONTESTACIÓN EN EL INGRESO COMO ACADÉMICO NUMERARIO DEL ILMO. SR. D. JOSÉ LUIS ISABEL SÁNCHEZ

JOSÉ MIRANDA CALVO

Numerario

Excmos. Sres.

El rico acervo histórico-artístico que se condensa en esta nuestra sede, se impregna hoy de júbilo colectivo y a la vez de esperanza ante el ilusionado ingreso de un nuevo miembro de nuestra Corporación, cuya ofrenda futura de realizaciones no dudamos contribuirá a paliar el doloroso vacío y recuerdo dejado por su antecesora, nuestra querida amiga y compañera D.<sup>a</sup> Esperanza Pedraza Ruiz, a la que, el Académico entrante nos ha evocado de modo tan entrañable al sintetizar su labor y ser, diciéndonos: «... *quizás lo que mejor resume cuanto representó su paso por la vida sea reconocer que su obra fue importante cuando tanto la echamos de menos quiénes fuimos sus amigos*».

El gozo y orgullo que se siente de por sí, al exponer siquiera sea sumariamente la glosa de la personalidad y actividad del Académico entrante, se acrecienta doblemente en esta ocasión al conjuntarse dos aspectos: de una parte, la amistad que me ha permitido conocer su capacidad y entrega, y, de otra, la de ser un compañero de armas, un componente más de nuestra querida colectividad castrense, forjado en esa entraña toledana que es y representa nuestra Academia de Infantería, en la que, incluso ha sido Profesor emérito de Historia militar, tras la estela de su paso por las unidades más meritorias de nuestro ámbito, paracaidismo, operaciones espe-

ciales, etc. y, que hoy día, siguiendo la vieja tradición desde la fundación de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, ha venido a sumarse a esa serie de antiguos miembros de la misma integrantes todos ellos del estamento castrense, según acabamos de escuchar, que consagraron buena parte de su vida al quehacer académico, independientemente de su deber profesional en generosa entrega cultural y cuya síntesis de trabajos y realizaciones nos han sido minuciosamente enumerados, conjuntando su vocación y conocimientos profesionales con sus afanes de perfeccionamiento y superación culturales en aras del mejor servicio a la colectividad social.

Una vez más, en el nuevo miembro hemos de ver que ha sabido igualmente superar en su mente y voluntad ese pretendido deslinde o separación del campo estrictamente castrense con los amplios horizontes de sus inquietudes culturales, puesto que, la cultura, por más que extrañe o sorprenda a algunos pocos, no es ni puede serle ajena a nuestro estamento, dado que, si en toda profesión es absolutamente necesario e imprescindible el conocimiento de su oficio, es igualmente necesario e imprescindible dignificarle y perfeccionarle con ideales y cultura mediante el estudio y la enseñanza, enlazándose así el espíritu profesional con el alma cultural.

Si una sociedad ha de caracterizarse o definirse por la calidad de su cultura, no cabe imaginar que los componentes de su guarda y defensa puedan ser ajenos a dicha necesidad cultural aliada paralelamente con su alto espíritu e idealismo, puesto que, no olvidemos que toda sociedad se desmorona fácilmente sin el soporte de su moral colectiva y cultura.

De ahí que, desde nuestros tiempos medievales, podamos admirar y fijarnos en el ejemplo proporcionado por ese conjunto de

grandes figuras que han enaltecido el idealizado entronque de las Armas y las Letras, desde el Marqués de Santillana, que señalara el camino a seguir, exclamando «la sciencia no embota el fierro de la lanza, ni face foxa el espada en la mano del caballero», seguido de Jorge Manrique, Garcilaso, Ercilla, Cervantes, quien reiterara siglos después «que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», Lope de Vega, Calderón de la Barca, Espronceda, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el Duque de Rivas, Alarcón, Gerardo Lobo, Barado, Gómez de Arteche, Villamartín, Díez-Alegría, etc., y tantos y tantos otros todos ellos soldados, que supieron cohesionar con sus distintos matices y variedades los deberes castrenses con el cultivo de sus anhelos culturales, bien históricos, literarios o científicos, constituyendo el orgullo colectivo y el ejemplo a imitar.

La Historia, como todos sabemos, con su muestrario de hechos y situaciones, no cabe repetirla, pero sí rehacerla imaginativamente mediante el estudio y la reflexión sobre sus testimonios y documentos, que despiertan en nosotros la capacidad de observación y reflexión sobre los mismos en orden a las consecuencias que se derivan de sus acontecimientos, con la finalidad de que si nuestra interpretación es la más correcta posible sean divulgados objetivamente al margen de manipulaciones y torcidas exposiciones.

De ahí que, cuando el rey Felipe V firmó la Real Cédula de 20 de agosto de 1792 creando la Real Academia de la Historia, no dudara en transcribir que su motivación obedecía «*para aclarar la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia o por la malicia, conduciendo al conocimiento cierto de muchas cosas*», que ya denunciara, en anticipación de siglos, nuestro Miguel de Cervantes al decirnos en su inolvidable D. Quijote de la Mancha que «habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y

que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, y advertencia de lo porvenir» (Cp. IX).

Hoy día con verdadero pesar, podemos observar cómo se pretende tergiversar y mostrar sesgada y torcidamente, de modo consciente y malicioso, hechos y símbolos que de ningún modo cabe silenciar.

A esta tarea clarificadora se incorpora activamente el Académico entrante, por más que sus anteriores y numerosas aportaciones así lo testifican y conocemos, especialmente orientadas a la investigación y difusión de temas castrenses, relacionados íntimamente con Toledo, toda vez que a lo largo de la historia nuestra ciudad, independientemente de su capitalidad nacional y liderazgo político con sus connotaciones culturales, sociales, económicas, religiosas, etc., constituyó el centro organizativo de la defensa y vigilancia dada su natural fortaleza y situación geográfica, para, tras el alejamiento definitivo de la ocupación musulmana, convertirse posteriormente en el centro cultural de enseñanza militar personificado en la Infantería.

De ahí, el exhaustivo estudio realizado por el académico entrante relativo a la Historia de la Academia de Infantería, así como la de los Centros de Instrucción, como máximos exponentes de la actividad cultural formativa que tuvo y tiene lugar en Toledo, cuyo remoto antecedente se remonta a la creación y adiestramiento en el Alcázar de la compañía de los Cien Donceles en tiempos del rey Alfonso el Onceno con su intervención decisiva en la batalla del Salado el 30/10/1340, junto a su participación en la extensa y general obra de la historia de la Infantería española en cuyas tareas

hemos colaborado conjuntamente con otros compañeros, todo esto llevado a cabo, según nos confiesa, en ésta fecunda fase de su «reconversión», como sinceramente nos ha confesado, estrechamente entrelazada con su quehacer en la Cofradía Internacional de Investigadores cuyo reflejo encontramos a través de una serie de artículos y obras, cuya enumeración omitimos obviamente si bien quedan patentizados en su historial y que en tan alto grado nos ha permitido conocer el verdadero sentido de los hechos estudiados, que ha de ser siempre el norte y guía de todos los que dedicamos parte de nuestro tiempo a la reflexión de los hechos históricos.

Nuestro nutrido plantel de temas y acontecimientos que condensan el rico patrimonio histórico toledano propicia fecundo trabajo para que nuestro académico dé cumplida respuesta, contribuyendo con sus aportaciones a difundir su significado.

La complementariedad de las Armas y las Letras, que con tanto ahínco mantuvo nuestro «manco de Lepanto», encuentra hoy día en la persona y entrada como Académico Numerario de JOSÉ LUIS ISABEL SÁNCHEZ, un testimonio vivo en el trabajo de nuestra Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, en la seguridad de que su iniciativa, capacidad y responsabilidad, fomentarán nuestra labor y realizaciones.